

1er Domingo de Adviento C/2012

Las lecturas de este primer domingo del Adviento nos hablan de la segunda venida del Señor Jesús. Nos recuerdan que un día el Señor volverá. Por lo tanto, tenemos que prepararnos para este acontecimiento importante en nuestra vida.

La primera lectura del libro de Jeremías describe la promesa de Dios de dar a su pueblo un descendiente de David para el trono de Israel. Su reinado será especial por que se preocupará por la justicia en Judea y seguridad de los habitantes de Jerusalén.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es fiel y guarda su promesa. Esta promesa abre una perspectiva de esperanza, porque lo que Dios promete siempre será por él bien y la paz de su pueblo. El texto nos enseña también que Dios restaura a Israel en su integridad política a través del trabajo de un rey que acogerá a su pueblo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla del final del mundo y de la vuelta del Hijo del Hombre. En primer lugar, Jesús habla de las señales que aparecerán en el cielo y como los poderes de cielo serán sacudidos. Todo esto traerá terror, miedo y angustia en la tierra.

Pero, el pueblo de Dios se salvará porque se acercara la hora de su liberación. Por eso, es prudente que el pueblo de Dios este alerta y no se pierde en las preocupaciones de esta vida. La razón de tal recomendación es que Cristo volverá a la tierra como una sorpresa para cada uno. Por eso Jesús invita a sus discípulos y a nosotros también a estar vigilantes y en continua oración, para que podamos presentarnos con confianza cuando venga el hijo del Hombre.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Primero es el drama de “la cultura la velocidad”. ¿Qué quiero decir con esto? De hecho, vivimos en una cultura de comida rápida y mensaje inmediato, donde todo está en nuestras manos tan rápido como deseemos obtenerlo. Queremos que todo sea dispuesto tan rápidamente como sea posible.

En tal cultura, la espera es difícil y a veces un fastidio. Lo vemos fácilmente en el aeropuerto, en la estación de autobuses, en los supermercados, etcétera. Muchos son realmente impacientes y no les gusta esperar. Y a pesar de esto, el tiempo de Adviento que comenzamos hoy significa un tiempo de espera en la vuelta del Señor. ¿Cómo podemos reconciliar esta mentalidad de velocidad y la virtud espiritual de la espera?

No olvidemos que el sentido verdadero de la vida no se dirige según la mentalidad de nuestra cultura. Tenemos que esperar, y esperar con paciencia, el retorno de Cristo. Vivimos por la promesa de la vuelta de Cristo. Pero no sabemos cuándo vuelve, o como vuelve, ni en cuales circunstancias él volverá.

El segundo punto que quiero destacar es la actitud que debemos tener en este tiempo de Adviento. De hecho, ¿cómo debe ser nuestra espera hasta que Cristo vuelva? ¿Que debemos hacer? La actitud que necesitamos es la de mantenernos vigilantes y en oración. ¿Por qué? Porque no sabemos cuándo vuelva. Esta es la razón por la que Jesús insiste que nuestras mentes no se entorpezcan y se embriaguen con la vida diaria.

¿Significa esto que tenemos que vivir con miedo de lo que pasará? No; esto solo significa que tenemos que estar vigilantes de manera que el final del tiempo nos encuentre preparados. Esta es la única manera en que no seremos sorprendidos ni perderemos la oportunidad de alegrarnos con el Señor cuando venga.

¿Cuál es la consecuencia de esto? La consecuencia es que comprendamos que nuestra vida en la tierra no es definitiva. En este sentido, nuestra vida en la tierra es temporal, transitoria y en la preparación de lo que tendremos en el cielo.

Por lo tanto, tenemos que vivir en la espera del retorno de Jesús. Al mismo tiempo, tenemos que recordarnos que nuestras obras buenas en la tierra hoy, son muy importantes, porque determinarán nuestra vida futura con Jesús. Si lo hacemos así, tendremos la certeza que un día compartiremos la alegría de Jesús. Esta es la razón por la cual Jesús nos asegura que cuando veamos las señales del fin de los tiempos, debemos levantar nuestra frente, porque se acerca la hora de nuestra redención.

Todo esto parece interesante y fácil de decir, ¿pero no son todas las cosas que hacemos en este mundo inútil? ¿Por qué trabajamos con tanta fuerza por las cosas que sabemos son transitorias y sin importancia para nuestro futuro eterno?

Vale; la sabiduría espiritual nos enseña que lo que hagamos en la edad presente nos prepara para el mundo eterno. Por eso, tenemos que tomar en serio lo que hacemos ahora, en el presente. Después de todo, no seremos juzgados al final de los tiempos de acuerdo a criterios vanos, pero según los criterios de las buenas obras hechas en la tierra y según una vida vivida siguiendo los principios de Jesús.

Sólo esta visión puede ayudarnos a entender por qué San Pablo nos recomienda en la segunda lectura que nos amemos unos a otros y que conservemos nuestros corazones irreprochables en la santidad hasta el día que venga nuestro Señor, Jesucristo. Por eso, Adviento nos da una oportunidad de vivir a la manera de Dios y de cambiar lo que podemos en nuestra vida hasta el Señor vuelva. Tomemos el tiempo de reconsiderar como vivimos ahora de manera que tengamos la posibilidad de compartir un día la alegría del cielo. Pidamos a Dios la gracia del cambio hasta la vuelta del Señor. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremías 33, 14-16; 1 Tesalónicas 3, 12-4, 2 Lucas 21, 25-28, 34-36



Fecha de la Homilía: el 2 de Diciembre, 2012

© 2012 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20121202homilia.pdf